

dicion, ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata. Pero no por eso se detuviéron los apresurados corredores, ni hicieron mas caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á Don Quixote, y mas enojado que vengado se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante y el rucio llegasen. Llegaron, volviéron á subir amo y mozo, y sin volver á despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha, y con mas vergüenza que gusto siguiéron su camino.

CAPÍTULO LIX.

Donde se cuenta el extraordinario suceso que se puede tener por aventura, que le sucedió á Don Quixote.

Al polvo y al cansancio que Don Quixote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros socorrió una fuente clara y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el márgen de la qual, dexando libres, sin xáquima y freno al rucio y á Rocinante, los dos asendereados amo y mozo se sentaron. Acudió Sancho á la repostería de sus alforjas, y dellas sacó de lo que él solia llamar condumio: enjuagóse la boca, lavóse Don Quixote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados: no comia Don Quixote de puro pesaroso, ni Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenia de puro

comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva; pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan á la boca, no abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza, comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecia. Come, Sancho amigo, dixo Don Quixote, sustenta la vida, que mas que á mí te importa, y déxame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo: y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de Príncipes, solicitado de doncellas, al cabo, al cabo, quando esperaba palmas, triunfos y coronas grangeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces. Esta consideracion me embota los dientes, entorpece las muelas y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer: de manera que pienso dexarme morir de hambre, muerte la mas cruel de las muertes. Desta manera, dixo Sancho, sin dexar de mas-

car apriesa, no aprobará vuesa merced aquel refran que dicen: muera Marta, y muera harta: yo á lo ménos no pienso matarme á mí mesmo; ántes pienso hacer como el zapatero que tira el cuero con los dientes, hasta que le hace llegar donde él quiere: yo tiraré mi vida comiendo, hasta que llegué al fin que le tiene determinado el cielo: y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced: y créame, y despues de comido échese á dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá como, quando despierte, se halla algo mas aliviado. Hízolo así Don Quixote, pareciéndole que las razones de Sancho mas eran de filósofo que de mentecato, y díxole: si tú, ó Sancho, quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serian mis alivios mas ciertos y mis pesadumbres no tan grandes, y es, que miéntras yo duermo, obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco léjos de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al ayre tus carnes, te dieses trecientos ó quatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que

es lástima no pequeña, que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia. Hay mucho que decir en eso, dixo Sancho: durmamos por ahora entrámbos, y despues Dios dixo lo que será. Sepa vuesa merced, que esto de azotarse un hombre á sangre fría, es cosa recia, y mas si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que quando ménos se cate me verá hecho una criba de azotes, y hasta la muerte todo es vida: quiero decir, que aun yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciéndoselo Don Quixote, comió algo, y Sancho mucho, y echáronse á dormir entrámbos, dexando á su albedrío y sin órden alguna pacer de la abundosa yerba, de que aquel prado estaba lleno, á los dos continuos compañeros y amigos, Rocinante y el rucio. Despertáron algo tarde, volviéron á subir y á seguir su camino, dándose priesa para llegar á una venta que al parecer una legua de allí se descubria: digo que era venta, porque Don Quixote la llamó así, fuera del uso que tenia de llamar á todas las ventas castillos. Llegáron pues á ella: preguntáron

al huésped si habia posada. Fuéles respondió que sí, con toda la comodidad y regalo que pudieran hallar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su repostería en un aposento de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que Don Quixote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que á su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta. Llegóse la hora del cenar, recogióronse á su estancia: preguntó Sancho al huésped que que tenia para darles de cenar. Á lo que el huésped respondió que su boca seria medida, y así que pidiese lo que quisiese, que de las paxaricas del ayre, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveida aquella venta. No es menester tanto, respondió Sancho, que con un par de pollos que nos asen tendrémos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy traganton en demasia. Respondióle el huésped que no tenia pollos, porque los milanos los tenian asolados. Pues mande el señor huésped, dixo Sancho, asar una polla que sea tierna: ¡Polla, mi padre! respondió el huésped,

en verdad en verdad que envié ayer á la ciudad á vender mas de cincuenta; pero, fuera de pollas, pida vuesa merced lo que quisiere. Desá manera, dixo Sancho, no faltará ternera ó cabrito. En casa por ahora, respondió el huésped, no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra. Medrados estamos con eso, respondió Sancho: yo pondré, que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos. Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene: pues hele dicho, que ni tengo pollas ni gallinas; y quiere que tenga huevos? discurra, si quisiere, por otras delicadezas (*r*), y déxese de pedir gallinas. Resolvámonos, cuerpo de mí, dixo Sancho (*s*), y dígame finalmente lo que tiene, y déxese de discurrimientos. Señor huésped, dixo (*t*) el ventero, lo que real y verdaderamente tengo, son dos uñas de vaca que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera que parecen uñas de vaca: están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: comeme, comeme. Por mias las marco desde aquí, dixo Sancho, y nadie

las

las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto, y no se me daria nada que fuesen manos, como fuesen uñas. Nadie las tocará, dixo el ventero, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales traen consigo cocinero, despensero y repostería. Si por principales va, dixo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nisperos. Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle, que ya le habia preguntado que oficio ó que ejercicio era el de su amo. Llegóse pues la hora del cenar, recogióse á su estancia Don Quixote, truxo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito. Parece ser que en otro aposento que junto al de Don Quixote estaba, que no le dividia mas que un sutil tabique, oyó decir Don Quixote: por vida de vuesa merced, señor Don Gerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de Don Quixote de la Mancha. Apénas oyó

su nombre Don Quixote, quando se puso en pie, y con oído alerta escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal Don Gerónimo referido respondió: ¿para que quiere vuesa merced, señor Don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la primera parte de la historia de Don Quixote de la Mancha, no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda? Con todo eso, dixo el Don Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que á mí en este mas desplace es, que pinta á Don Quixote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso (1). Oyendo lo qual Don Quixote, lleno de ira y de despecho, alzó la voz y dixo: quien quiera que dixere que Don Quixote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales, que va muy léjos de la verdad,

(1) Pinta en efecto Avellaneda (de quien habla aquí Cervantes) á Don Quixote desenamorado de Dulcinea en el cap. IV, VI, VIII, XII y XIII. Concluyó Don Quixote su plática con Sancho (dice el referido Avellaneda: cap. III.) con decir, queria partir á Zaragoza á las Justas, y que pensaba olvidar á la ingrata infanta Dulcinea del Toboso, y buscar otra dama.

porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en Don Quixote puede caber olvido: su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna. ¿Quien es el que nos responde? respondiéron del otro aposento. Quien ha de ser, respondió Sancho, sino el mesmo Don Quixote de la Mancha, que hará bueno quanto ha dicho, y aun quanto dixere, que al buen pagador no le duelen prendas. Apénas hubo dicho esto Sancho, quando entráron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecian, y uno dellos echando los brazos al cuello de Don Quixote le dixo: ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero Don Quixote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro que aquí os entrego; y poniéndole un libro en las manos, que traia su compañero, le tomó Don Quixote, y sin responder palabra comenzó á hojearle, y de allí á un poco se le volvió,

diciendo: en esto poco que he visto, he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehension. La primera es, algunas palabras que he leído en el prólogo: la otra, que el lenguaje es Aragonés, porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que mas le confirma por ignorante, es que yerra y se desvia de la verdad en lo mas principal de la historia, porque aquí dice que la muger de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutierrez, y no se llama tal, sino Teresa Panza, y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demas de la historia (1). A esto dixo Sancho: donosa cosa

(1) Quando Cervantes escribía este capítulo, llegó casualmente á sus manos la *Secunda Parte* del licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, vecino de Tordesillas, fingiendo el nombre y la patria; y así en el cap. LXI llama á esta historia *recien impresa*, y en el LXX, *libro nuevo, flamante*. Indignole, y no sin razon, que este disfrazado autor hubiese introducido la hoz en su mies; y aunque llevando á Don Quixote á Zaragoza siguió la fama, que Cervantes dixo al fin de la Primera Parte se conservaba en las Memorias de la Mancha, y que él mismo siguió hasta este punto; con todo eso por no coincidir con el plan de su émulo ya descubierto, le mudó, y conduxo á su heroe á Barcelona sin entrar en Zaragoza. Aun le enfadó mas el estilo frío, insípido, vulgar, y tal vez la tontería, la indecencia, y aun el cynismo de esta *Continuacion*; y así no la dexa de la mano hasta concluir su

de historiador por cierto, bien debe estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza mi muger Mari Gutierrez: torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí, y si me ha mudado el nombre. Por lo que os he oído hablar, amigo, dixo Don Gerónimo, sin duda debeis de ser Sancho Panza el escudero del señor Don Quixote. Si soy, respondió Sancho, y me precio dello. Pues á

Historia, descargando sobre ella criticos varas, aunque en general. Las palabras que le disgustaron en el prólogo serian las de *manco* y *envidioso*, y *soldado sin brios*, con que le agravió. Califica el lenguaje de aragonés, por que tal vez escribía sin artículos, y pudiera haber alegado otras pruebas, no menos convincentes que copiosas, como son: *en salir de la carcel*, por en saliendo, ó habiendo salido: *á la que volvió la cabeza*, por habiendo vuelto la cabeza: *escupe y le pagaré*, por le castigaré: *hincar carteles*, por fixar ó pegar: *poner la escudilla en las brasas*, por poner la taza sobre las asquas: *el señal*, por la señal: *menudo*, por mondongo: *malagana*, por congoja, desmayo ó vaguido; y aquel tratarse las personas de impersonal, como *mire, oyga, perdone*. No es á la verdad tan feliz Cervantes en la critica que hace á Avellaneda sobre haber llamado á la muger de Sancho Panza *Mari Gutierrez*, pues él la suele tambien llamar así; y al fin del cap. VII de la Primera Parte, con diferencia de pocas lineas, no solo la llama *Mari Gutierrez*, sino *Juana Gutierrez*. En lugar de esto pudiera haberle reprehendido justamente de que llame á Don Quixote *Martin Quixada*, llamandose *Alonso*.

fé, dixo el caballero, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: pintaos comedor y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone, dixo Sancho, dexárame en mi rincón, sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está San Pedro en Roma. Los dos caballeros pidieron á Don Quixote se pasase á su estancia á cenar con ellos, que bien sabian que en aquella venta no habia cosas pertenecientes para su persona. Don Quixote que siempre fué comedido, condescendió con su demanda y cenó con ellos: quedóse Sancho con la olla con mero mixto imperio, sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que no ménos que Sancho estaba de sus manos y de sus uñas aficionado. En el discurso de la cena preguntó Don Juan á Don Quixote, que nuevas tenia de la señora Dulcinea del Toboso, si se habia casado, si estaba parida, ó preñada, ó si estando en su entereza se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor Don Quixote. Á lo que él respondió: Dul-

cinea se está entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca: las correspondencias en su sequedad antigua, su hermosura en la de una soez labradora transformada: y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le habia sucedido en la cueva de Montesinos, con la órden que el sabio Merlin le habia dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho. Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oír contar á Don Quixote los extraños sucesos de su historia, y así quedáron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenian por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse que grado le darian entre la discrecion y la locura. Acabó de cenar Sancho, y dexando hecho équis al ventero, se pasó á la estancia de su amo, y en entrando dixo: que me maten, señores, si el autor deste libro que vuestas mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos: yo querria, que ya que me llama comilon, como vuestas mercedes dicen, no me llamase tambien borracho. Sí llama, dixo Don Gerónimo; pero no me acuerdo en que

UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada 1025 BOUTHERY. BURGOS

manera, aunque sé que son mal sonantes las razones y ademas mentirosas, según yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho que está presente. Créanme vuestras mercedes, dixo Sancho, que el Sancho y el Don Quixote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo valiente, discreto y enamorado, y yo simple, gracioso, y no comedor ni borracho. Yo así lo creo, dixo Don Juan, y si fuera posible, se habia de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran Don Quixote, sino fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como mandó Alexandro, que ninguno fuese osado á retratarle sino Apéles. Retrátame el que quisiere, dixo Don Quixote; pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia, quando la cargan de injurias. Ninguna, dixo Don Juan, se le puede hacer al señor Don Quixote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia que á mi parecer es fuerte y grande. En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche, y aunque Don Juan quisiera que Don Quixote leyera

mas del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leído, y lo confirmaba por todo necio, y que no queria, si acaso llegase á noticia de su autor que le habia tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le habia leído, pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, quanto mas los ojos (1). Preguntáronle, que adonde llevaba determinado su viage. Respondió que á Zaragoza á hallarse en las justas del arnes, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Díxole Don Juan, que aquella nueva historia contaba, como Don Quixote, sea quien se quisiere, se habia hallado en ella en una sortija, falta de invencion, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades. Por el mesmo caso, respondió Don Quixote, no pondré los pies en Zaragoza, y así sacaré á la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno, y echarán

(1) Esta obscenidad y torpeza de Avellaneda se manifiesta mas patentemente en los sucesos que se refieren en los cap. XV, XVI, XVII, XVIII y XIX.

de ver las gentes como yo no soy el Don Quixote que él dice. Hará muy bien, dixo Don Gerónimo, y otras justas hay en Barcelona donde podrá el señor Don Quixote mostrar su valor. Así lo pienso hacer, dixo Don Quixote, y vuesas mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores. Y á mi tambien, dixo Sancho, quizá seré bueno para algo. Con esto se despidieron, y Don Quixote y Sancho se retiraron á su aposento, dexando á Don Juan y á Don Gerónimo admirados de ver la mezcla que habia hecho de su discrecion y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos Don Quixote y Sancho, y no los que describia su autor Aragones. Madrugó Don Quixote, y dando golpes al tabique del otro aposento se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase ménos la provision de su venta, ó la tuviese mas proveida.

CAPÍTULO LX.

De lo que sucedió á Don Quixote yendo á Barcelona.

ERA fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimesmo el dia en que Don Quixote salió de la venta, informándose primero, qual era el mas derecho camino para ir á Barcelona, sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió pues que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los quales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado aquel